

La oración cristiana

1. INTRODUCCIÓN

La oración cristiana supone un encuentro entre la persona orante y Dios. Estamos ante un encuentro en el que hay una comunicación vital entre el Dios trinitario y la criatura que se pone en actitud orante. Como en todo proceso comunicativo, se establece un auténtico y real diálogo: Dios nos habla a nosotros preferentemente en las Sagradas Escrituras (también al escuchar su voz en lo profundo de nuestra conciencia y al escuchar a nuestros hermanos), y nosotros le hablamos a Él con las palabras que brotan de lo profundo de nuestro corazón.

La Sagrada Escritura está literalmente plagada de invitaciones a la oración, tanto en el AT como en el NT. En la espiritualidad clásica, la buena oración se acompaña frecuentemente de dos aliados: el ayuno y la limosna. Además, si queremos una oración de cierta calidad espiritual, que transforme nuestra vida, es menester que oremos en una atmósfera de silencio, tanto exterior como interior.

Un método que ha dado frutos abundantes en la oración, ya desde hace muchos siglos, es la *lectio divina*: está integrada por cuatro pasos: *lectio*, *meditatio*, *oratio* y *contemplatio*. Es una verdadera escuela de contemplativos. Además de este método orante, oramos también en los sacramentos. Esto significa que así como la oración tiene una dimensión individual, también tiene otra comunitaria. Ambas se complementan, glorifican a Dios y ayudan a la Iglesia en su peregrinación por este mundo.

Si queremos ser buenos orantes, dos actitudes interiores nos ayudarán: la primera es la apertura de mente, para captar el plan de Dios sobre nuestra vida, el cual puede trastocar completamente nuestros esquemas mentales; la segunda es la humildad, pues sólo así nos mantendremos verdaderamente dóciles a la acción de la divina gracia en lo más hondo de nosotros.

Es indispensable crearnos un horario diario para orar (siendo fieles al mismo), al tiempo que nos reservamos un lugar en el que nos sintamos cómodos para entrar en comunicación con el Señor. Se trata de ser perseverantes en la oración, creando un hábito para que la oración sea parte de nuestra vida. En la buena oración Dios nos da la luz de su Espíritu para que podamos discernir lo bueno y distinguirlo de lo que no nos conviene; para ello podemos utilizar buenos libros de Espiritualidad cristiana e incluso buenos vídeos y aplicaciones de móvil (tipo “*Evangelio del día*” o “*RezandoVoy*”). Se trata de medios, nunca de fines en sí mismos. Además, las oraciones vocales (Padrenuestro, Ave María...) pueden ser ayudas formidables en nuestro camino de oración.

2. LA ORACIÓN DE AGUSTÍN. REQUISITOS, OBSTÁCULOS Y TIPOS DE ORACIÓN

La oración que Agustín propone a los que quieren ser santos es una oración que vuelve al corazón; que reconoce que Dios es la hermosura, siempre antigua y siempre nueva; que admite que en Dios se presencializa la eterna verdad, la verdadera caridad y la amada eternidad; que propone un encuentro con el Dios trinitario, al cual se acerca Agustín en su *De Trinitate*. El Agustín orante -que busca la santidad- admite que la Sagrada Escritura tiene como plenitud y como fin el amor. Se asombra ante Cristo, que ha nacido para que nosotros vivamos un renacimiento. Agustín no desea que nos asfixiemos en intimismos, sino que nos abre desde dentro para reconocer a Cristo en el necesitado y en el forastero. Pide luz al que es el *Illuminator*, y se goza con la Iglesia (Cuerpo del *Christus Totus*) y con la Eucaristía (*Sacramentum pietatis, signum unitatis et vinculum caritatis*). La plegaria que tiene en cuenta las realidades anteriores nutre una vida cristiana con sello netamente agustiniano.

Si leemos y analizamos al detalle cada uno de los 43 volúmenes de las obras completas de San Agustín, nos percatamos en seguida de que la oración ha acompañado al santo a lo largo de toda su vida. Ya en el primer libro de las *Confesiones* mira a Dios diciéndole: “*Siendo aún niño, comencé a invocarte como a mi refugio y amparo, y en tu vocación rompí los nudos de mi lengua y, aunque pequeño, te rogaba ya con no pequeño afecto que no me azotasen en la escuela*” (conf. 1,9,14). Incluso en la obra de los *Soliloquios*, una obra de corte filosófico, Agustín afirma que lo que quiere es “*conocer a Dios y al alma*” (sol. 1,2,7). Agustín, a lo largo de su vida, ha sido un hombre inquieto. La oración ha sido una ayuda inestimable en su camino de buscar a Dios. Paulatinamente se convence de que si es importante que el hombre busque a Dios, más importante todavía es reconocer que Dios busca al hombre.

La oración agustiniana supone un encuentro del hombre con Dios. Este encuentro oracional está acompañado de una conversación con Dios, en la que el orante escucha a Dios y habla a Dios: “*Cuando lees, te habla Dios; cuando oras, hablas tú a Dios*” (enar.psal. 85,7). La oración agustiniana, mientras que el hombre se acerca a Dios personalmente, en el seno de la comunidad eclesial, va revitalizando a la persona. Dios es la vida de las almas y la vida de las vidas (conf. 3,6,10). Esta revitalización se da en la Iglesia, en el cuerpo del Cristo Total (*Christus Totus*) del cual hemos de ser miembros vivos. En relación a la vitalidad espiritual, Agustín asegura que es el Espíritu quien vivifica, porque el Espíritu es quien hace que los miembros tengan vida, cuando los encuentra unidos al cuerpo de Cristo (cf. Io.ev.tr. 27,6). La oración bien hecha genera comunión. A este respecto, junto al Espíritu, una ayuda inestimable para vivir en comunión con Dios y con los demás es la Eucaristía. Indica Agustín: “*recibid, pues, y comed el cuerpo de Cristo, transformados ya vosotros mismos en el Cuerpo de Cristo (...) Comed el vínculo que os une*” (ser. 228/B,3).

En la oración agustiniana el amor es reorientado una y mil veces hacia Dios; éste es un ejercicio que se torna divinizante (*theosis*), porque cada cual es tal cual es su amor. ¿Amas la tierra? Serás tierra; ¿amas a Dios? Serás Dios (cf. ep.Io. 2,14). Este ejercicio antropológico no tiene fin: aquel a quien hay que encontrar está oculto, para que le busquemos, y es inmenso, para que después de hallado le sigamos buscando (cf. Io.ev.tr. 63,1). Por otro lado, la oración agustiniana aparece relacionada con el resto de la vida cristiana. No es un compartimento estanco. Ayuda

a vivir bien el seguimiento de Cristo y la imitación de Cristo. La oración nos impele a conocer y a cumplir la voluntad del Padre. En este empeño la Virgen María es un modelo inestimable para nosotros (ella es más dichosa por ser discípula de Cristo que por ser su madre [cf. ser. 72/A,7]).

**Requisitos.* En la oración agustiniana ayuda lo siguiente: la Sagrada Escritura, la constancia, la disponibilidad a Dios, la oración con todo el ser, la piedad (y no la palabrería), la atención, la búsqueda de la salvación, la valoración del perdón, la mortificación (ayunos, vigiliass y limosnas), las virtudes teologales, la atención a la dimensión social (superación del individualismo), el amor, la docilidad a la voluntad de Dios y la mirada escatológica.

Ha de ser una oración hecha en gratuidad, porque quien invoca a Dios para que le haga rico, no invoca a Dios, sino que invoca lo que él quiere que le sobrevenga (cf. en.psal. 52,8). La oración agustiniana nos conecta con quien está muy cerca de nosotros: *“Cristo está dentro; allí habita; ruega ante Él; no intentes que te oiga de lejos, pues no está lejos la sabiduría de Dios. Luego dentro, en ti y ante Él, derrama tu plegaria”* (en.psal. 141,4). Cuando el santo ora a Dios le confía las siguientes palabras: *“Tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que Tú creaste. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo”* (conf. 10,27,38). El orante agustiniano, además, trata de hallar la verdad: *“si vas en busca de la verdad, sigue el camino, ya que el camino mismo es la verdad. Él es el término adónde vas y el camino por donde vas”* (Io.ev.tr. 13,4).

**Obstáculos.* Agustín señala, entre otros, el pecado, el fariseísmo, la dispersión, la impaciencia, el tener a Dios por poca cosa, las malas peticiones, el rencor, el saber que Dios nos conoce (ya que si Dios es omnisciente podríamos colegir ¿para qué orar?), la mentira, la ira, el tener adormecidos los sentidos espirituales, la autosuficiencia, el creernos ya santos, el exceso de preocupación y los muchos demonios o ídolos (ser. 9 y otros sermones).

**Tipos de oración.* La plegaria agustiniana posee múltiples modulaciones y registros oracionales. Ahí están, entre otras, la oración de búsqueda (nutrida de ascesis, de meditación y de constancia); la oración de petición (que parte de la indigencia creatural, que pide la intercesión y que persevera en la confianza); la oración de acción de gracias

(que brota de un corazón consciente de todo lo recibido, y que –con frecuencia– deriva en alabanza y en canto gozoso); y también la oración de corte contemplativo (asociada a la adoración, la contemplación y la incesante recepción de todos los dones divinos).

3. EL DESEO PARA VOLAR HACIA LO MÁS ALTO

Indica San Agustín: “*Tu deseo es tu oración, y si continuo es tu deseo, continua es tu oración. No en vano dijo el Apóstol: Orad sin interrupción. Si no quieres interrumpir la oración, no interrumpas tu deseo. Tu deseo continuado es tu voz continuada*” (enar.psal. 37,14). Cuando oramos nos abrimos a la acción eficaz y santificadora de Dios. Cuando leemos notamos que Dios nos habla, y cuando oramos, somos nosotros los que hablamos a Dios (cf. enar.psal. 85,7). El buen cristiano ha de ser orante. Si nos tomamos en serio la oración en nuestra vida, entonces estamos en el buen camino para crecer en santidad. El orante es el que se llena del Dios santo, y esto tiene unas consecuencias concretas en su vida ¹. Aprende a imitar y a seguir bien a Jesús, el Salvador.

El deseo (*appetitus*) dinamiza la vida del hombre, de manera que el Obispo de Hipona admite que un hombre está vivo cuando sus deseos

¹ Pueden verse las consecuencias de una buena oración cristiana en: Juan Casiano, *Conversaciones sobre la oración*, Ed. Sígueme, Salamanca 2013; Anónimo, *El peregrino ruso*, Ed. San Pablo, Madrid 2011; Enrique E. Eguiarte Bendímez, *El clamor del corazón. 10 Palabras sobre la oración en san Agustín*, Ed. Agustiniiana, Madrid 2012; Hedwig Lewis, *En casa con Dios. Guía para los Ejercicios Espirituales en la vida ordinaria*, Ed. Mensajero, Bilbao 1996^{18a}; Tomás de Kempis, *Imitación de Cristo*, Ed. Edibesa, Madrid 2013; Fernando Rivas Rebaque, *Terapia de las enfermedades espirituales en los Padres de la Iglesia*, Ed. San Pablo, Madrid 2008; Gabino Uríbarri Bilbao, *La mística de Jesús. Desafío y propuesta*, Ed. Sal Terrae, Santander 2017; José Antonio García-Monge, *Unificación personal y experiencia cristiana. Vivir y orar con la sabiduría del corazón*, Ed. Sal Terrae, Santander 2001; Juan Martín Velasco, *Orar para vivir. Invitación a la práctica de la oración*, Ed. PPC, Madrid 2008; Luis María Mendizábal, *Los misterios de la vida de Cristo*, Ed. BAC / Serie Cor Christi 199, Madrid 2016; Olegario González de Cardedal, *Cristianismo y Mística*, Ed. Trotta, Madrid 2015; Walter J. Ciszek, *Caminando por valles oscuros. Memorias de un jesuita en el Gulag*, Ed. Sal Terrae, Santander 2015; F. J. Nguyen Van Thuan, *Oraciones de esperanza. Desde la cárcel vietnamita*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2008.

están despiertos y le llevan a crecer permanentemente. En el ejercicio oracional Agustín da un puesto privilegiado al deseo. La fenomenología del deseo agustiniano nos convence de nuestro estar involucrados en una *peregrinatio*, que nos lleva a vivir en tensión hacia Dios; de esto habla el tagastino cuando -en la reg. 1,2- pide que tengamos una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios. En Él nosotros hallamos nuestra única *securitas*. Indica Agustín (ep.Io. 4,6) que la vida entera de un buen cristiano se reduce a un santo deseo [*tota vita christiani boni, sanctum desiderium est*]. El deseo nos hace capaces de saciarnos de aquello que un día ha de llegar (Dios). Nuestra vida consiste en ejercitarnos a fuerza de deseos (cf. ep.Io. 4,6). El fin del deseo es la delectación (cf. en.psal. 7,9), por lo que si buscamos el descanso feliz necesitamos desear lo que debe ser deseado. El deseo puede ser culpable (pasión=*libido*), cuando expresa un desorden del amor interior (cf. lib.arb. 1,4,10). Ha de ser purificado. Además, la multiplicidad de los deseos es fuente de inquietud, pues -incluso aunque sean buenos- dispersan y despedazan el alma (cf. conf. 8,10,24).

Dios quiere educar nuestros deseos para que oremos cada vez mejor; los corrige y los fortalece para llevarlos de las cosas bajas a los bienes más sublimes. Agustín no quiere que suprimamos en la oración el propio impulso desiderativo (algunos estoicos). Tampoco que lo ahogemos, sino que lo sanemos y lo liberemos (Benedicto XVI). Dios quiere dirigirlo bien, por lo que es precisa una redención y una conversión del deseo. "*Vive feliz el que nada malo desea*" (Trin. 13,8,11). El tender hacia Dios nos exigirá el desasimiento de todo aquello que ni es Dios ni es compatible con Dios; y es que nuestro santo deseo está en proporción directa de nuestro desasimiento de los deseos que suscita el amor del mundo. El deseo oracional debe ser vigoroso y persistente. La oración está viva cuando el deseo está despierto en el corazón, por lo que el mayor peligro de nuestra vida de oración es la muerte del deseo. Entonces la radiografía y el diagnóstico de nuestra vida interior evidenciarán una parálisis espiritual. Por el contrario, cuanto más fervoroso sea el afecto, más abundante será el efecto (cf. ep. 130,9,18 [carta a Proba]).

El deseo oracional del que confía en el Señor dilata el corazón del hombre hacia Dios. El orante aprende a desear lo que Dios mismo quiere darle. Dios, cuando no nos da inmediatamente lo que le pedi-

mos, aumenta nuestro deseo, dilata nuestra alma y nuestra capacidad interior para recibir el don que nos ofrece (cf. Io.ev.tr. 63,1). Entonces ejercita nuestros deseos orantes, nutre nuestra esperanza (cf. ser. 77/A,1) y también nuestra paciencia. Cuando el deseo es muy ferviente y acompaña la inocencia, podemos orar también durante el sueño (cf. en.psal. 102,2), por lo que la constancia del deseo orante puede ser total, durante el día y durante la noche. “*Si no quieres dejar de orar, no interrumpas tu deseo. Tu deseo continuo es tu voz, es decir, tu oración continua*” (en.psal. 37,14).

Esto nos recuerda el ejercicio espiritual de *El Peregrino ruso*, que oraba permanentemente y en cada momento buscaba vivir en la presencia de Dios, suplicándole su misericordia. Esto exige un incesante retorno del hombre a lo profundo de sí mismo (*noli foras ire*). El deseo, para no perderse en bagatelas racionales o intelectualistas, ha de estar siempre enmarcado en las palabras del Padrenuestro. Nuestro Padre está atento: “*Que tu deseo esté siempre ante Dios; y el Padre, que ve en lo secreto, te recompensará*” (en.psal. 37,14).

El deseo del Agustín maduro es -ante todo y sobre todo- un deseo de Verdad (para llegar al *gaudium de Veritate*). Estamos ante un deseo orante, radicado en el interior de la persona, ante un deseo que -en el santo- aparece frecuentemente como intenso y apasionado; ante un deseo continuo y ante un deseo llamado a madurar. El deseo oracional tiene su origen en Dios: es un regalo suyo. Dios espera que nuestros deseos sean ardorosos, expresados con gemido, alejados de tibiezas y de cosas terrenas, las cuales desembocan en la esterilidad y son signo de frialdad espiritual. El deseo de Dios ha de ser continuo, gracias a la fe; siempre ha de estar orientado a los bienes eternos, que son los únicos que deben ser deseados (cf. ser. 80,7). La luz del Cristo iluminador (Maestro interior) nos ayuda en este itinerario. Si recibimos la gracia de su Espíritu superamos nuestras esclavitudes y crecemos en libertad. Sólo en la unión definitiva con Dios, en el cielo, seremos libres y felices: nuestros deseos serán colmados de bienes. Entonces se hallará el reposo del deseo orante, para “*una voluntad que tendrá lo que ama, y no deseará lo que no tiene*” (Trin. 13,7,10).

4. EL EJERCICIO AGUSTINIANO DEL “*QUAERERE DEUM*”

El que busca a Dios en la oración le alaba. Dice Agustín “*alabarán al Señor los que le buscan, porque los que le buscan le hallan, y los que le hallan le alabarán*” (conf. 1,1,1). Dios no debe ser buscado con los ojos, sino con el corazón, lo cual supone un ejercicio de purificación del ojo interior, con el cual Dios puede ser visto (cf. ep.Io. 7,10). El Dios que busca Agustín es el Dios uno y Trino, del cual el santo hablará largo y tendido en el volumen V de sus obras completas (*De Trinitate*). El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo vienen a nosotros cuando nosotros vamos a ellos: “*vienen prestando su ayuda, vamos prestando obediencia; vienen iluminando, vamos contemplando*” (Io.ev.tr. 76,4). Esto es cierto, y también es cierto que en muchos momentos, buscar a Dios (*quaerere Deum*) en Agustín se identifica con buscar a Cristo. La oración agustiniana es teocéntrica (en unos momentos) y cristocéntrica (en otros).

Si queremos encontrar orantemente a Dios, se nos exige la virtud de la humildad. “*¿Quieres ser grande? Comienza por lo ínfimo. ¿Piensas construir una gran fábrica en altura? Piensa primero en el cimiento de la humildad (...) ¿Adónde ha de llegar la crestería del edificio? Pronto lo digo, hasta la presencia de Dios*” (ser. 69,2-3). Si somos humildes podremos encontrarnos con Dios. Y aunque nos cueste encontrar a Dios en la oración, no hemos de perder nunca la esperanza. Nos dice el hijo de Santa Mónica: “*no perdáis, pues, la esperanza. Si estáis enfermos, acercaos a Él y recibid la curación; si estáis ciegos, acercaos a Él y sed iluminados*” (ser. 176,5). Agustín nos pide seguir siempre adelante.

Nuestra existencia en este mundo está llamada a buscar y a encontrar a Dios. También a dejarnos encontrar por el Dios que nos busca. Todo nuestro esfuerzo en esta vida ha de consistir en sanar el ojo del corazón con que ver a Dios (cf. ser. 88,5). Lo encontramos ya en este mundo; ya sí, pero todavía no completamente. Y es que nos hallamos -en realidad- ante el deseo de lo eterno (cf. ser. 80,7). El corazón de Agustín, cuando se encuentra con Dios, halla el descanso y el reposo. A nuestro corazón -también en pleno siglo XXI- le ocurre lo mismo. Agustín escribe con emoción y lucidez: “*nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti*” (conf. 1,1,1). También los hombres y mujeres de nuestras ciudades, con los corazones

inquietos de acá para allá, disfrutan del verdadero descanso cuando se encuentran con Dios.

El encuentro definitivo con Dios se dará en el cielo. Afirmar el Obispo de Hipona que *“allí descansaremos y contemplaremos, contemplaremos y amaremos, amaremos y alabaremos. He aquí lo que habrá al fin, más sin fin. Pues, ¿qué otro puede ser nuestro fin, sino llegar al reino que no tiene fin?”* (civ.Dei 22,30,5). El encuentro escatológico y definitivo será el eterno descanso de la paz. Le pide Agustín a Dios en su plegaria: *“Señor Dios, danos la paz, puesto que nos has dado todas las cosas; la paz del descanso, la paz del sábado, la paz que no tiene tarde (...) Entonces descansarás en nosotros, del mismo modo que ahora obras en nosotros”* (conf. 13,37,52). Cuando esto suceda llegará la beatífica visión; entonces el *quaerere Deum* de este mundo se transformará en la *visio Dei* eterna y definitiva.

5. LA ORACIÓN AGUSTINIANA SE EXPERIMENTA DESDE LA “*INTERIORITAS*”

5.1. La vida de San Agustín. De vivir fuera a vivir dentro

- *Vivir fuera de sí.* Agustín de Hipona vivió durante muchos años de su vida fuera de sí mismo, sin un especial crecimiento orante: en ese tiempo buscaba casi solamente la fama y el prestigio. Le importaba mucho el qué dirán... Era el hombre del activismo, del solo hacer y hacer... Vivía según la lógica del *homo faber* de los filósofos (es decir, según el hombre reducido a la acción). Después Agustín reconocerá su error, y caerá en la cuenta de que no es fácil vivir desde dentro, desde la interioridad: *“Como cada uno intenta pedir a Dios el bien que ama, difícilmente se encuentran quienes amen los bienes internos, es decir, los que pertenecen al hombre interior, los cuales deben ser únicamente amados, y los otros usados para cubrir las necesidades de la vida, no para gozarse de ellos”* (en. Ps. 4,8).
- *Vivir dentro de sí.* Con el paso de los años, Agustín valorará la oración y el vivir desde dentro: silencio, reposo, lectura, meditación, oración, autenticidad y autoconocimiento. Comienza a apreciar la vida del *homo religiosus* (es decir, el hombre que piensa y ora). Es Dios el que lo va guiando en este proceso, como narra el pro-

pio Agustín: “*Movido por estas lecturas reflexioné y entré en mi interior guiado por Ti, pudiendo hacerlo porque Tú te hiciste mi ayuda*” (conf. 7,10,16). Las oraciones y las lágrimas de S^a Mónica fueron cruciales en este proceso. El año 386 es un punto de inflexión en la vida del santo.

5.2. ¿Para qué sirve orar desde la interioridad?

- *Necesidad antropológica.* San Agustín afirma que es necesario vivir desde dentro, si queremos desarrollar una vida bien lograda. Es preciso vivir arraigados y edificados en Cristo (Colosenses 2,7). Hay que vivir en oración conscientemente, dejando que Dios dirija nuestra vida. S. Juan Pablo II, cuando vino la última vez a Madrid a canonizar a 5 santos (entre ellos, a Santa Ángela de la Cruz), el sábado 3 de mayo de 2003, decía: “*El drama de la cultura actual es la falta de interioridad, la ausencia de contemplación. Sin interioridad la cultura carece de entrañas, es como un cuerpo que no ha encontrado todavía su alma*”.
- *Conocimiento de Dios y de uno mismo.* La interioridad sirve para conocer orantemente a Dios, como Dios nos conoce a nosotros: “*Que yo te conozca a ti, conocedor mío, como tú me conoces a mí. Tú, que eres la fortaleza de mi alma, entra en ella y ajústala a ti, para que la poseas y la mantengas sin mancha ni arruga. Esta es mi esperanza y por eso hablo; esta es la esperanza, causa de mi alegría, cuando mi alegría es verdadera*” (conf. 10,1,1). La interioridad nos lleva a hallar a Dios: “*Debemos buscar a Dios y orar en esa cámara secreta del alma, que se llama hombre interior*” (mag 1,2).
- *Ordenamiento del amor.* Dios ordena nuestros amores. Él es el más importante, y si lo ponemos a Él en el centro de nuestra oración, entonces podremos amar lo demás de forma bien ordenada, construyendo la ciudad de Dios: “*Dos amores han creado dos ciudades. El amor de Dios, Jerusalén. El amor del mundo, Babilonia. Que cada hombre se pregunte por su amor y sabrá a qué ciudad pertenece. Si su ciudadanía está en Babilonia, extirpe en sí la codicia y plante la caridad en su alma. Si, por el contrario, es ciudadano de Jerusalén, tolere la cautividad presente y espere la liberación*” (en.Ps. 64,2).

- *Sanación interior.* Cristo es el Médico humilde (*Medicus humilis*) que vive en el interior del ser humano. En nuestro ejercicio orante, Él sana suavemente nuestras heridas interiores: “*Con mano blandísima y misericordiosísima, comenzaste, Señor, a tratar y componer poco a poco mi corazón. Y me persuadiste al considerar cuántas cosas creía que no había visto ni a cuya formación había asistido, como son muchas de las que cuentan los libros de los gentiles*” (conf. 7,5,12). Esto nos exige humildad para enseñar a Cristo nuestras llagas y heridas. Él vive dentro de nosotros: “*tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío*” (conf. 3,6,11).
- *Comunión.* La oración hecha desde el corazón ayuda a la vida comunitaria y a la comunión. Agustín dice sí a la vida comunitaria, y dice un sí todavía mayor a la comunión: “*anima una et cor unum in Deum*” (reg. 1,2), es el mandato que el santo da a sus monjes en la Regla monástica.

5.3. Las ayudas y obstáculos para vivir desde la interioridad

- *En cuanto a las ayudas:* hemos de tener en cuenta lo siguiente: silencio (exterior e interior); superación de la *dipersio animae*; lectura orante de la Palabra de Dios (persuadidos de su potencial performativo); constancia (siendo fieles a un horario habitual de oración, mediante el recogimiento interior). Hay una vinculación estrecha entre interioridad y oración en el cristianismo. La oración que nos ayuda a crecer desde el interior ha de ser cuidada en su horario diariamente, semanalmente... Tener retiros periódicos (cada mes / dos meses). Ejercicios espirituales (1 vez al año, 8 días). Hablarle a Dios y escucharle. Agustín nos invita a orar desde el corazón. Hemos de abrirnos al toque de Dios, a la gracia divina, que nos llega por su Espíritu (que es el *digitus Dei*, según Agustín).
- *En cuanto a los obstáculos:* actualmente no nos ayuda la cultura de la imagen y la apariencia (que trata de cuidar sólo lo de fuera, lo que se ve). No nos ayuda el ruido ambiente (las grandes ciudades, con sus ruidos, podrían dificultar el crecimiento de la vida interior, si no se ponen los correctivos oportunos). Pablo D’Ors, sacerdote y autor de “*Biografía del silencio*” (2012), nos da en este libro pistas

muy sugerentes al respecto. Otro obstáculo es la inconsciencia. Enrique Rojas, prestigioso psiquiatra granadino, escribía hace ya algunos años *“El hombre light”*. Aquí dibujaba los rasgos de un hombre inconsciente e inconsistente, carente de fundamentos sólidos y resistentes. ¿Cómo orar en estas condiciones? Otro problema que nos dificulta a veces el crecer orantemente desde dentro es el exceso de información. El teólogo salmantino Ángel Cordovilla afirma que hoy padecemos un exceso de información. Esto se completa al detectar que no pocos viven con un exceso de actividades (niños hiperocupados...). Es urgente aprender a priorizar y a seleccionar la cantidad y la calidad de la información que manejamos. Sólo así nuestra interioridad estará suficientemente relajada y saneada, y nuestra salud espiritual estará a salvo.

6. CONCLUSIÓN. ¿PARA QUÉ SIRVE ENTONCES LA ORACIÓN?

La oración nos trae una serie de beneficios. Veamos algunos ejemplos para descubrir cómo influye en nuestra vida personal.

- El orante es *un hombre virtuoso*. La oración está conectada con la vida del que ora y lo normal es que la vaya transformando positivamente. El buen orante crece en virtudes cristianas. Hace una opción clara por liberarse interiormente de ataduras y opta por un serio proceso de conversión. Lucha valientemente en el combate de la fe, asume la cruz y supera desde la humildad el pecado de soberbia. Desarrolla en él las virtudes teologales y cardinales.
- El orante vive desde *el amor agradecido*. Agustín nos asegura que seríamos soberbios si dijéramos que somos santos por nosotros (por nuestras solas fuerzas o méritos). *“Reconoce que posees, y que nada es propio tuyo, a fin de que no seas soberbio ni desagradecido”* (cf. en.psal. 85,4 [v.2]). Agustín nos invita a orar a Dios, y nos recomienda: *“Di a tu Dios: Soy santo porque me santificaste; porque recibí, no porque tuve; porque tú me lo diste, no porque yo lo merecí”* (cf. en.psal. 85,4 [v.2]).
- El orante posee *apertura interior a la Luz de Dios*. Ha venido el Iluminador para que nos hagamos luz en Él. Ser orantes es ser iluminados, participando de la luz del que es la Luz con mayúsculas, tal

y como nos recuerda San Juan (Jn 8,12). Mediante esta luz somos justificados y deificados.

- El orante *persevera hasta el fin*. Quienes pretendan crecer en la oración han de ser fieles, constantes y perseverantes, y esto hasta el final de sus vidas. La vida de oración exige la perseverancia, soportando tribulaciones, diversas tentaciones y escándalos sin cuento (cf. en.psal. 85,4 [v.2]). “*La perseverancia, con la que se persevera en el amor de Dios y de Cristo hasta el fin, esto es, hasta que se termina esta vida, en la cual únicamente hay peligro de caer, es un don gratuito de Dios*” (persev. 1,1). Esto nos persuade de que llegar finalmente a lo más excelso de la vida cristiana es un don venido de lo alto.
- El orante *sigue el ejemplo de María*. Indica Agustín que, en relación a la Santísima Virgen María, por el honor debido a Nuestro Señor, no quiere hacer mención cuando se trata de pecado (cf. nat.et gr. 36). Nos pide aprender de la santidad de María y junto a María (mujer orante, humilde puerta, santa, Madre de nuestra Cabeza, creyente y virgen). Unamos -con María- la acción y la contemplación, y entonces llegaremos a la santidad. Evitemos polarizaciones excluyentes. Agustín nos presenta a María como madre, modelo y estrella en la noche (*stella in nocte*). Ella es la fuerza de la esperanza en el fascinante camino de la oración cristiana. Nos enseña a conservar todas las cosas en el corazón.

En último término, y por todo lo que hemos visto, la oración es imprescindible para alcanzar la salvación. Una salvación integral, alejada de cosmovisiones pseudosalvíficas. Entendemos por “pseudosalvación” lo que podríamos denominar una salvación a medias: una salvación que no salva al hombre entero, que es unidimensional, y que no sirve para salvar a todos los hombres (ni de todos los tiempos, ni de todas las latitudes).

7. ORAMOS CON SAN AGUSTÍN (CONF. 10,27,38)

«¡TARDE TE AMÉ, BELLEZA TAN ANTIGUA Y TAN NUEVA!»

¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! (sero te amavi...). Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando; y deforme como era, me lanzaba sobre las bellezas de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían alejado de ti aquellas realidades que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz.

MANUEL SÁNCHEZ TAPIA, OSA